

El don de María Magaña

Lupita López

En la orilla de un pueblito llamado la Presa se encuentra una pequeña casa llena de árboles de tamarindo, mangos, ciruelas, plátanos y limones, una casa que te llena el olfato de olores tropicales como si estuvieras en un paraíso. En esa encantadora casa se encuentra la reconocida María Magaña, una india sin pelos en la piel y con unos hermosos ojos verdes y amarillosos. Doña María tuvo doce hijos e hijas, una de ellas fue mi madre. Mi abuela no era conocida por tener tantos hijos, sino por tener un toque mágico, un regalo superior. Este poder de curar muchas enfermedades era su don, y venía gente de varios lugares vecinos y de muchos lugares lejanos a tocarle la puerta a toda hora del día, anhelando que la curandera María los auxiliara.

Mamá María, como yo le llamaba, era conocida por tres cosas: sabía curar empaches, subirle la mollera a los infantes y arreglar las varillas de los niños. El empacho responde a un dolor agudo en el estómago que se produce cuando uno ha comido demasiado o cuando uno no tiene ganas de comer. Para curar el empacho, mamá María acostaba a la gente en su dura cama de cemento; ahí empezaba a sobar a la gente chica y grande con un masaje suave en el estómago hasta la espalda, terminando con una aguda jalada de cuero. Ella decía que cuando alguien tiene empache la piel de la espina dorsal se pega al estómago; por eso cuando se le jala al cuero, el estómago se despega de la espina dorsal, curando el empache.

La caída de mollera es muy común entre los bebés; cuando son pequeños suelen asustarse por una caída o por un sonido muy fuerte que causa que se les caiga la mollera. La mollera es la parte suave que tienen los bebés arriba de la cabeza. La mollera caída puede causarles varios problemas a los niños, por ejemplo, pueden no desarrollarse completamente. Para curar la mollera, mi abuela ponía a los niños boca abajo en una cama, y ella se sentaba en una silla. De esa posición les chupaba la mollera hasta que saltara la mollera a su lugar de origen. Era una técnica muy simple, pero que tomaba mucho esfuerzo.

Su última fama era por subirles las varillas a los niños. Las varillas están en el paladar de la boca; a los niños las varillas se les pueden caer por susto y no hablan bien, empiezan a hablar como bebés, arrastrando las palabras y pronunciándolas incorrectamente. Para esto, mamá María se ponía un pedazo de algodón en el pulgar, les metía el dedo a la boca y les empujaba vigorosamente las varillas para arriba. Cuando salía el algodón, salía empapado con una saliva gruesa, espesa y amarillosa. Instantáneamente, como un acto de magia, los niños empezaban a hablar con facilidad; sus palabras eran mucho más claras de entender.

Mamá María era más que una madre y abuela, era una curandera de las más conocidas y buscadas por toda la región. A todos sus nietos nos ha sobado de empaches cuando éramos chicos. Todos le pedíamos con una sonrisa inocente llena de entusiasmo: “Mamá María, Mamá María, júlanos el cuero”. Su ocupación no era de curandera porque ella no le cobraba a la gente; la gente le pagaba con regalos, ya fueran gallinas, cerdos, fruta o carne. Mamá María les ayudaba a quienes fueran, y los atendía al medio día o a la media noche. Ella dejaba lo que estaba haciendo y socorría a la gente que le suplicaba su servicio, tuvieran o no dinero. Para sobrevivir y cuidar a sus doce hijos e hijas, vendía huevos de sus gallinas, soldaba ollas de aluminio, hacía comales y chimeneas de barro. Era una indita muy inteligente y sabia; su nombre recorría el pueblo de orilla a orilla, y la gente iba siempre en búsqueda de María Magaña, la Curandera.